

DE AQUELLA MURCIA: 1956-1958

JOSÉ-ANTONIO LINAGE CONDE

Los primeros años de mi vida fueron los de la Segunda República. Consigno el dato porque en él va ímplicito el forzoso conocimiento por mí de una transformación de la historia universal, de la historia profunda de las mentalidades y la cotidianidad, como quizás no había tenido lugar desde la revolución neolítica. Y es esa circunstancia la justificante única de mi argumento en estos folios. Porque, teniendo en cuenta tal diferencia abisal, cualquier memoria de los tiempos anteriores—anteriores a la década de los sesenta del pasado siglo, podemos convenir— tiene algún interés para quienes no los vivieron, que son la mayoría de los habitantes del planeta por supuesto.

En el verano de 1955 hubo oposiciones a notarías en Albacete. Las vacantes eran de ese colegio y de los colindantes de Zaragoza y Valencia. Yo las aprobé y, conjugados los dos factores de preferencia y puntuación, se me nombró para servir la de Fortuna, de la que tomé posesión el 30 de enero de 1956, luego de un viaje desde Madrid en el expreso de Cartagena que, ahora evocado, resulta casi ceremonial, en la órbita de la “tremenda solemnidad ferroviaria” que dijo en una novela Rafael Sánchez Mazas. En Fortuna estuve hasta octubre de 1958, frecuentando mucho la capital, y algo la otra ciudad episcopal vecina, Orihuela, y descubriendo Torrevieja.

La Junta Directiva de dicho Colegio, por su escaso volumen económico, había pedido la supresión de esa notaría, la cual pertenecía al distrito de Cieza, donde había demarcadas otras dos, en Abanilla —que yo sustituí, felizmente para mi supuesto: recuerdo a su alcalde, boticario y bibliófilo, y cierta inauguración muy concurrida— y en Blanca, haciendo parte de él, además de dichas sedes, sólo Abarán y muy pocos pueblos más. En Fortuna no había oficial. Y al no existir en el país Escuela del Notariado, me fue preciso dar el salto de la teoría a la práctica a cuer-

po limpio y sin ninguna ayuda, con los correspondientes apuros. Detalles como el de pegar unas pólizas son irrelevantes únicamente cuando se sabe donde hay que hacerlo. Entonces, y por algunos años más, aún era preciso escribir a mano las escrituras matrices. Aunque allí encontré un excelente ayudante, José Hernández Noguera, que compensaba con su entrega y afecto la falta de conocimientos en la materia, e incluso se contagió de mis inquietudes ajenas a la profesión. Ambos lamentamos no haber podido continuar ese contacto el resto de la existencia. El registrador del distrito, Modesto-María de Madariaga, era un melómano que en tiempos había escrito un libro de reflexiones curiosas, titulado *¿Y...?* Siento que me haya desaparecido el ya viejo ejemplar que me dio. Aunque a la profesión no tengo intención de referirme. Sólo apuntaré el curioso testamento de un notario manchego, que en la toma de posesión me recitaron parcialmente, pues estaba en verso: *Por causa de la guerra y de otros males, no hubo en mi matrimonio gananciales*. Y la admonición continua que a sí mismo se hacía el notario de Callosa de Segura, Juan-María López Chornet, antes de dejar unos días el despacho para ir a Torrevieja, cuidando de que todo quedara en orden: –“Tenemos derecho a morirnos, pero no a perjudicar a los demás”.

Uno de los miembros del tribunal de oposiciones había sido, como Decano de nuestro Colegio de Albacete, don Francisco Siso Cavero, notario de Murcia, donde era una institución. (De las diferencias más significativas entre aquellos tiempos y éstos, era que entonces la gente se conocía y hablaba, en la realidad no en la virtualidad. La televisión con su destrucción de la vida convecinal y local, no estaba difundida). Otro de mis jueces fue el entonces catedrático de Derecho Civil en la misma Murcia, don Diego Espín Cánovas.

Eliminados algunos santos patronos locales, había pasado a serlo único en toda España, de los notarios y los registradores de la propiedad, San Juan Evangelista. Pero cayendo su fiesta el día veintisiete de diciembre, se prefirió para la celebración corporativa, adoptar una secundaria que él mismo tenía en el calendario litúrgico, el seis de mayo, la llamada de San Juan *ante Portam Latinam*. Lo consigno porque en Albacete tenía un gran esplendor, mostrándose el colegio a cual más generoso y hospitalario con sus colegiados.

Siso era muy afectuoso con los jóvenes notarios. Recuerdo del día de su santo una celebración pantagruélica en su casa, amenizada por la tuna universitaria. Todavía tengo en la memoria una de sus canciones, *Ay ¡quién tuviera, tuviera amores!* Hubo tocino de cielo y del legítimo— me da la sensación de que éste es ahora casi desconocido—, en cantidades tan enormes, no en los consabidos moldes individuales, que en mi recuerdo siguen pareciéndome de cuento de la isla de Jauja.

Ese nuestro decano, nacido en Villafranca del Bierzo, procedía de la Asociación Católica de Propagandistas y el periodismo de *El Debate*. Seguía manteniendo la amistad de don Ángel Herrera, entonces ya obispo de Málaga, y poseía la colección completa de la *Biblioteca de Autores Cristianos*. Acaso el cambio de rumbo de la historia española le hizo opositar a notarías. De su despacho en Murcia estaba muy contento, como del anterior que tuvo en Algeciras. Era uno de los nota-

rios que más número de documentos autorizaba en toda España. Chocó mucho su decisión de trasladarse a Barcelona. Nunca se adaptó a la dictadura. Recuerdo de un viaje que hice con él a Madrid en el Taft. La actualidad consistía en el enfrentamiento diplomático francobritánico con los Estados Unidos por la cuestión de Suez. Siso la enfocaba con unos puntos de vista entonces bastante raros por su solidez, ecuanimidad y carencia absoluta de influjo de la prensa “orientada” vigente. Ello cuando el pasado liberal resultaba ya muy remoto. Sólo alguna anécdota de Juan de la Cierva me contaron, sobrenadando allí sin esfuerzo del olvido.

Uno de los amigos juveniles de Siso en su pueblo fue el padre del escritor Antonio Pereira, suscriptor de *El Debate*. José Pereira Villar tenía una ferretería y era hombre poseído de la belleza de la palabra y otros esteticismos. Se le advertía cuando leía ciertos párrafos del mismo periódico a sus vecinos— tal la salida de Alfonso XIII del Palacio de Oriente para el exilio—, uno de aquéllos el sastre Leonardo Mestre, con el que competía en captar emisoras lejanas y para ellos nuevas de onda corta.

No voy a salirme del ámbito local. Sólo apuntaré que esos años cincuenta parecen los de la definitiva consolidación vitalicia del franquismo, cesado el maquis y sustituidas internacionalmente las reservas, aunque hubieran sido meramente verbales, por el reconocimiento pleno. El carnaval estaba prohibido, pero en Fortuna se celebraba, incluso con máscaras. En cambio recuerdo que el día diez y ocho de julio, se vigilaba empecinadamente la observancia absoluta del descanso, en esa fiesta que oficialmente se llamaba de la Exaltación del Trabajo. Tengo en la memoria la coerción de un municipal para hacer cesar la reparación de una bicicleta en un pequeño taller. Estaba vigente en la Iglesia el Índice de Libros Prohibidos; precisamente entonces entró en él Unamuno. Para eludir la prohibición de una pieza teatral igualmente incluida, no recuerdo cuál, se cambiaron los carteles ya pegados de su anuncio por el teatro universitario murciano, haciendo constar la palabra “adaptación”. Vagamente recuerdo de una fundación, con algunos problemas de delimitación de sus fines y régimen. Es revelador el detalle de que se la sospechara de masónica, porque el fundador había prohibido que en su habitación mortuoria hubiera cera. Pero las autoridades civiles seguían defendiendo su cumplimiento.

Hasta entonces yo no había apenas salido de mi tierra nativa castellanovieja y de Madrid. Estudiando en el Instituto de Segovia se nos frustró una excursión a Granada, Sevilla y Córdoba. Recuerdo que el catedrático de Ciencias Naturales, Rebollar, nos anticipó que ni siquiera sospechábamos lo que en ella nos encontraríamos. Y no exageraba. Otra diferencia que hay que tener en cuenta es que entonces no se había perdido la capacidad para el asombro. Sería impropio comparar unos y otros panoramas. Yo me limito a tener presente la afirmación de Unamuno, de no haber ningún paisaje feo. Y reconozco que, acaso el de mi tierra mesetaria se exaltó demasiado, concediéndole la exclusividad de ciertos valores. A ese propósito he reflexionado a veces en las observaciones del valenciano Joan Fuster a los noventayochistas.

Lo cierto es que a mí me fascinó la ubérrima huerta murciana. Recuerdo un viaje en tren de Murcia a Orihuela. Nunca tan entre naranjos, ni en la novela de Blasco Ibáñez. Aunque Fortuna era un islote en aquélla, sin hacer parte de la misma, paradójicamente recordandome más los horizontes dejados atrás.

Ahora del pueblo de mi residencia tengo sobre todo presente la personalidad vigorosa de sus gentes, que les había llevado a recorrer muchos caminos cuando predominaba el sedentarismo. En mi pueblo, Sepúlveda, habían dejado huella dos fortuneiros, no sé si viajeros o comerciantes ambulantes, de cuya simpatía y ocurrencias, hasta en el baile, aun se acordaban algunas abuelas entonces muchachas en flor. En Fortuna yo tomé la hierba mate en algunas de sus casonas amplias, un hábito que para de cuando en vez se habían traído de Argentina. Eso se pasaba en unos tiempos autárquicos en que cualquier producto extranjero era una *rara avis*.

Las canciones de las niñas con sus maestras, una invitación del ayuntamiento el día de las Candelas suculenta de dulcería, la nobleza arquitectónica del templo, el celo del párroco en prohibir el baile, la inquietud social de alguno de las pedanías, la estampa dickensiana del sacristán el maestro Roque, la genuina ilustración del empleado municipal Salvador Pagán, la sabiduría de Ginés un jovencísimo seminarista para quien la *Eneida* no tuvo secretos a la primera lectura..., retazos todos entrañables en la distancia. El farmacéutico era hermano de Joaquín Belda, uno de los novelistas de esa generación de la novela corta de entreguerras que yo he llamado generoso diluvio. Se recordaba otro boticario ordenado *in sacris*, a quien se le dispensó la prohibición canónica de ejercer los clérigos las artes sanitarias a condición de dar gratis las medicinas a los necesitados. Otro escritor de esos tiempos anteriores, Juan Pérez Zúñiga, contaban se refirió alguna vez a él, con ocasión de una estancia en el balneario. El cual en los míos estaba bastante solitario y abandonado, a diferencia del vecino de Archena.

El cartero era el luego académico Francisco Sánchez Bautista, muy joven aún, pero ya en posesión de su inquebrantable vocación poética. Yo le descubrí enseguida sin esfuerzo sus dotes, la combinación de la ternura y la exigencia, el sentimiento de la tierra. Acababa de terminar su primer libro, *Tierras de sol y de angustia*. Se lo prologué. Hace muy poco, al cabo de medio siglo, Juan Torres Fontes me depa-
ró una inmensa alegría al honrarme pidiéndome el prólogo de su libro de historia de Fortuna. Dos cabos atados a sendos extremos de la vida. En la distancia he seguido, durante toda esta larga andadura, los éxitos de Sánchez Bautista, quien no ha dejado nunca de mandarme sus abundantes novedades. Al fin le volví a ver, en un homenaje que le tributó el Ateneo de Madrid. Él me descubrió a los poetas murcianos, de los que yo sólo conocía a Vicente Medina, y sería mi predilecto Ricardo Gil.

Recuerdo mis primeras visitas a Cieza, Yecla y Caravaca. Cieza bullía trabajando el esparto, y las religiosas "Pastoras" de la madre Mogas y Fontcuberta me recordaron mi colegio sepulvedano. A Yecla fui acompañado por el recuerdo de *La Voluntad* de Azorín, uno de los libros todos en que yo había atisbado más insospechados horizontes, que empieza describiendo la construcción de su muy tardía basí-

lica. Acababan de dar el nobel a Juan Ramón. Me imaginé el aspecto más festivo de Yecla si José Martínez Ruiz hubiera sido el agraciado. El teatro Concha Segura se me aparece cual uno de esos recintos de inacabables nostalgias. A Caravaca fui en el tren que se suprimió por mor de corrupción de influencias en las más altas instancias nacionales. Yo no conocía aún a dos caravaqueños que luego han sido de los amigos que más han influido en mi vida, Emilio Sáez y Luis Cortés Vázquez, aunque Sáez ya había editado el Fuero y otros documentos de Sepúlveda.

En la capital me hospedaba en una pensión de familia anexa a un afamado restaurante. En mis tiempos de Salamanca, un excelente profesional, el representante de Wagons Lit, Cardoso, me dijo que dicho restaurante era el mejor del mundo. Evocando lo suculentos que hacía los frutos de la huerta, puedo reflexionar sobre la prescindibilidad del carnivorismo de nuestra especie. Una novedad gastronómica para mí fueron los pasteles de carne.

Aquella Murcia bullía en La Trapería y La Platería. Y la huerta, sin solución de continuidad con el casco, dejaba entrar en la ciudad sus aromas, aunque sin hacerla perder ninguna prestancia urbana, entonces todavía en pie su cogollo barroco. Un fenómeno inverso al de hoy, la época de la falsa urbanización del campo. ¿No estaba ya, entre campo y ciudad, el Colegio de Jesús María?

Oí alguna queja alarmada a propósito de que en la catedral hubieran dejado de cantar los canónigos por la tarde, siendo así que antes, en sus casas, en ciertas ciudades episcopales, para prepararlos el chocolate, se guiaban por los toques de las campanas a tales rezos. Pero los seminaristas eran muy numerosos, todo un espectáculo verlos los días de paseo ensotanados y con la nota de color de sus becas. Escuché su digno gregoriano en el pontifical del patrón, San Fulgencio: *In medio Ecclesiae aperuit os eius*.

Uno de los capitulares, el archivero don Arturo Roldán, capellán de la Universidad y profesor de Religión en ella, estudiaba entonces Derecho. Por su incompatibilidad, se examinaba en Salamanca. Algún compañero de cabildo comentaba a ese propósito que para el episcopado se recomendaba a los expertos *in utroque iure*. Un paisano de mi diócesis de Segovia, don Marino Hidalgo Marcos, también prebendado, explicaba en el seminario Derecho Público Eclesiástico. La sangría de la guerra civil había dejado bastantes vacantes que se cubrieron de esa manera.

De la vecina diócesis de Orihuela conocí algunos entresijos en la coyuntura que atravesaba, cierta oposición del obispo Barrachina a las corrientes que en el seminario pretendían a su juicio ascender a la mística sin pasar por la ascética, llegando a la sospecha escritos en boga como los de Thomas Merton y sor Isabel de la Trinidad, a propósito de los cuales se citaba el reciente despoblamiento y cierre del seminario de la Seo de Urgel. En el oriolano de San Miguel, el confesor don Diego Hernández seguía fiel al beato Juan de Ávila. Don Diego era de Villena, lo que quiere decir procedía de la diócesis murciana, a la que pertenecía ese lugar, como también Huercal Overa, hasta la barbarie concordataria que equiparó la vetusta y venerable geografía

eclesiástica a la reciente provincial. Entonces aún se estudiaba latín en los seminarios, de una manera menos técnica pero más viviente que en las facultades civiles. Recuerdo este fragmento de un epitafio que en aquél había compuesto monseñor Joaquín Espinosa: *Cor impulit, caput concepit et manus opus perfecerunt*.

El maestro de capilla, don Pedro Aizpurúa Zalacaín, de Andoain, era un hombre del norte captado por el embrujo del sur. Trasladado a Valladolid, tuvo la afortunada ocurrencia de grabar como organista un disco alternando con la dulzaina típica de esa tierra castellana. También paisano mío era el penitenciario Saínz Pardo, antiguo párroco de Urueñas. El orador Enrique Soriano tenía un extenso prestigio como director espiritual. A raíz de su predicación del Sermón de las Siete Palabras, el viernes santo en Valladolid, metrópoli regida por el antiguo obispo de Orihuela, con mucha huella allí, García Goldáraz, transmitido por radio, le llovieron encargos de toda España que no pudo atender. Precisamente él hablaba por Radio Elche. Una vez me enseñó la copiosísima correspondencia que recibía de los oyentes. Recuerdo de una antiapologética, cuyo remitente justificaba el anonimato por el mismo motivo que los curas habían estado escondidos en esa zona durante la guerra civil. Debo mencionar al archivero Monserrate Abad.

El censo levítico orcelitano era muy denso en el veraneo de Torre vieja, sus integrantes de lunes a sábado, a la inversa del sábado a lunes de los profesionales seculares. Fue el año de un mandato episcopal en latín vetando a los clérigos ir a la playa: *Prohibemus non solum submersi in mare, sed transitare per oris et rupis*. Y también el del primer certamen de habaneras. Recuerdo el imponente coche americano del embajador de Cuba, por cierto un formidable orador lleno de calor y sentimiento; el merecido premio a Crevillente, las audiciones de *El Zapato* y *La Alpargata*, los dos coros de Torre vieja misma en el teatro del lugar.

Otro enfrentamiento se daba entonces entre el obispo y la población a propósito del destino del antiguo convento de Santo Domingo, dejado por los jesuitas que trasladaron su colegio a Alicante. Revertido a la mitra, los oriolanos se oponían a su adscripción al seminario, prefiriendo la continuación de alguna manera del colegio secolar. Un botón de muestra de la fuerza de los bulos es que se generalizó entonces la creencia de que los jesuitas se habían ido por haberles ganado los dominicos un pleito sobre la propiedad del edificio— y todavía a algún ilustrado se lo he oído yo hace bien poco—. Mas los dominicos nada tenían que ver en ese asunto desde 1836, cuando hubieron de dejar esa su casa y la propiedad como todos los demás frailes y monjes de España.

Pero el recuerdo sacro más impresionante que tengo de aquella estadía es uno popular. Entré al azar en una pequeña iglesia de Murcia, no recuerdo cuál, una mañana de domingo, y me encontré a un grupo numeroso de hombres, cantando largamente, una salmodia vigorosa, incisiva, tremendamente vivida, contagiosa. Me quedé estupefacto. Para mí resultó algo integralmente nuevo. (En cambio, al oír el gregoriano de Solesmes, no dejé de reconocer el canto llano de los sacristanes de mi infancia, por muy alta que estuviese su excelsitud). Eran los auroros, Sánchez Bautista me los identificó, por cierto exultante de su vigor e impresionabilidad.

Esos desposorios de la ciudad y su marco, no sabría muy bien explicar la razón, se me antojaron muy vivos en la semana santa murciana, las bellezas de Salzillo aún más potenciadas por una cierta modestia envolvente. Mientras que nada más revelador de las posibilidades diferenciales de esas procesiones que el cotejo de un miércoles santo en Cartagena y un viernes santo en Lorca, “el foco de cultura, de riqueza y de arte”, que yo acababa de leer en el hispanista Maurice Legendre, hacía poco desaparecido. De una procesión oriolana recuerdo los capirotos portados por niños tan pequeños que casi eran menos altos que ellos, entre las impetraciones de los seminaristas: *Parce, Domine, parce populo tuo*. Y el viernes santo el caballero cubierto, máximo honor que anualmente se hacía al que por privilegio pontificio entraba en la iglesia de esa manera.

Estaba activa entonces en Murcia la Acción Católica Universitaria, en la que tenía papel relevante un recién licenciado albaceteño, el filósofo Gonzalo Díaz, en quien yo vi con acierto una promesa. Su obispo, el futuro cardenal Tabera, le había dado el requerido permiso para leer los libros incluidos en el citado Índice romano. Había reuniones que protagonizaba el invitado de turno. Se comentaba haber elegido uno por tema la devoción al Corazón de Jesús, ante la estupefacción del auditorio. Ya se anunciaban otros vientos. Las insignias de los militantes las imponía el obispo Sanahuja los domingos por la tarde, a puerta cerrada pero limitándose a la ceremonia oficial, sin ninguna comunicación con sus visitantes, en su imponente palacio que los de Orihuela le envidiaban.

Por entonces aún tenían alguna vigencia dos géneros oratorios pronto eclipsados, el sacro y el forense. Yo recuerdo en la catedral murciana un atrayente sermón de un capuchino, de “ejercitaciones”. Y en la Audiencia la vista de un parricidio de Yecla, los procesados al entrar cubriéndose ágiles la cara con los brazos para evitar ser fotografiados por los periodistas que acechaban en la sala.

El funeral catedralicio por Pío XII, muerto el 9 de octubre de 1958— al poco de pronunciar su último discurso, al Notariado Latino precisamente, presidido por el español Rafael Núñez Lagos— es la última estampa que recuerdo de mi estadía. Ya en vísperas de mi traslado. Me comentaba mi madre era impresionante ver tan de luto al obispo. Pues no eran frecuentes los pontificales de difuntos.

En un remanso de sabor conventual, que contribuía a hacer de ella un santuario del libro, estaba la librería Aula, con algún surtido de los prohibidos por la censura del régimen, y facilidades para los encargos al extranjero, regentada por Mariano Muñoz Alonso, hermano de Adolfo, y que en la Universidad explicaba Estética.

El lujosísimo Casino y el Teatro Romea eran también sendos documentos historiográficos probatorios de que no todo había estado perdido en la España de entre los siglos XIX y XX. Alguna vez asistí en aquél a una tertulia de la que hacían parte un magistrado, el médico Font Lledó, el administrador de correos de quien recuerdo la voz entre grave y suave y el ritmo despacioso, una imagen de las virtudes de su benemérito cuerpo, del cual habría que haber escrito un poema. En el Romea vi

El pavo real, de Marquina. Y me enteraron de la apoteosis del escenario convertido en un trozo de huerta cuando cantó Marcos Redondo. ¡Murcia, qué hermosa eres! Pero sobre todo me acuerdo de unas piezas que el citado teatro universitario estrenó a Martín Iniesta, entonces un joven escritor local. Él me comentó que la función le había dejado para vivir tres meses en su colegio mayor. Algo después, José-María Pemán dedicó una tercera página del ABC a comentar un artículo suyo de alarma ante el repliegue de la literatura ante la apisonadora de la audeovisualidad. Hace muy poco, otra vez los dos extremos de la andadura, me ha complacido asistir a una representación suya en el Teatro Juan Bravo de Segovia. Por encima de todo la fidelidad a la vocación creadora, la permanencia de una ilusión que ningún evento externo puede apagar.

La Universidad seguía en La Merced, juntas allí Letras y Derecho. Un detalle que hace de composición de lugar es el de un bar cercano a la iglesia de San Bartolomé donde, cuando resultaba preciso, eran los camareros quienes daban propina a los estudiantes. Había un Club Universitario del que me hicieron con rimbombancia socio protector. El Colegio Mayor Cardenal Belluga tenía su prestancia. Asistí a una fiesta en él, invitado por su rector, don Luciano de la Calzada.

Yo mantuve contactos con las Facultades de Derecho y de Letras. Preparando entonces las oposiciones entre notarios, me fue muy útil el Seminario de Derecho Civil de don Manuel Batlle Vázquez. Entonces era éste el rector más antiguo del país, excepto el filósofo del Derecho Legaz Lacambra en Santiago. En aquel seminario estaban las obras clásicas de todos los grandes tratadistas europeos continentales. Los fondos en lengua inglesa eran más escasos, pues la diferenciación jurídica británica les hacía de menos interés aquí. Sería precisa la aparición de nuevos y acuciantes problemas de ineludible generalidad para que, a la vez que el inglés iba ganando terreno por doquier, cambiara el panorama un tanto. Cuidaba de esa biblioteca Francisco Rico Pérez, ya entonces pletórico de ocurrencias e iniciativas, con quien después, ya los dos fuera de Murcia, he mantenido algunos contactos, tal a propósito de su miscelánea conmemorativa del centenario del Código Civil.

Conocí al internacionalista, don Antonio Truyol, de vastísima y genuinamente ecuménica cultura humanística, quien entonces enseñaba en Murcia y en Lisboa. Recuerdo el funeral del otro internacionalista, Gestoso, la única ocasión que tuve de ver allí trajes académicos, entonces usados en nuestro país aún más raramente que ahora. El historiador, don Joaquín Cerdá y Ruiz Funes, era hombre penetrante, uno de los sabedores de todas las cosas de Murcia. Después pasó a Barcelona, y en lo poco que pude tratarle me di cuenta era un buen conocedor de las realidades profundas de Cataluña, algo poco común aunque el tema se prodigue por doquier. Un juez de vocación universitaria, López Bernal, enseñaba Derecho Canónico. Él prefería el que los italianos llamaban entonces Derecho Eclesiástico, y luego se ha impuesto en nuestros planes de estudio, su argumento las materias mixtas de la Iglesia y los Estados, mientras que a mí me atraían las potestades estrictamente eclesiásticas.

No había Facultad de Medicina. Pero era un ejemplo sorprendente de fidelidad a Murcia el del psiquiatra Ricardo Alberca Llorente, catedrático en Valencia, pero

en su ciudad con consulta y permanencia en cuanto le era hacedero. Yo pude darme cuenta de su honda sapiencia tanto psicológica como estrictamente médica. Mucho después me dijeron colegas suyos haber sufrido alguna marginación por parte de quienes entonces detentaban en la disciplina cuasi monopolios nacionales por añejas raíces políticas. Me dijo una vez que él, si volviese a nacer se haría otra vez médico, pero en cambio no quería que ninguno de sus hijos lo fuera.

En la Facultad de Letras estaba el antiguo rector de Valladolid, el arqueólogo Cayetano de Mergelina, muy cordial en esa última etapa de la vida. Don Ángel Valbuena, depurado después de la guerra, fue naturalmente una riqueza para Murcia. Le recuerdo en una muy atractiva velada literaria en Molina de Segura, su participación, recitando unos versos propios, indicio de cómo, pese a sus evidentes nostalgias de sus anteriores destinos, se había integrado en el nuevo ambiente. Yo encuentro aún sugerencias vigentes y perennes cuando releo su manual, sobre todo por las relaciones que establece entre la literatura, las artes plásticas y la música, y el partido que saca a pequeños detalles, ello consecuencia de lo profundo de su penetración psicológica y la delicadeza de su sensibilidad. A pesar de todos los avances, las nuevas terminologías y técnicas y demás, como profano, al fin y al cabo nada más que lector, tengo la osadía de reivindicar lo perenne del legado de aquellos hombres, a la busca de las fuentes y paralelos, en torno al estilo y la construcción. Sin embargo, ya entonces, en la *Literaturawissenschaft*, se columbraban nuevos horizontes, quizás haciendo hincapié en conexiones antes desapercibidas o preteridas, valorando ámbitos injustamente desdeñados, por mor de academicismos o peticiones de principio sin justificación.

En esa línea pienso estaba Mariano Baquero, con el que tuve alguna relación, de una amabilidad exquisita. Recuerdo haberle dado un estudio mío sobre la geografía literaria de mi pueblo, en el cual yo citaba una novela de Antonio Ros de Olano, *El doctor Lañuela*, tan extraña que se la tiene por indescifrable. Su inclusión en mi trabajo se debía a figurar en ella un arcediano de Sepúlveda. Baquero se sorprendió de mi conocimiento de ese dato, valorándome por ello excesivamente. En efecto, Ros de Olano debió ser amigo de la familia del primer conde de Sepúlveda, Atanasio Oñate, Inspector General de los Reales Palacios. Acaso por eso el novelista se acordó de Sepúlveda en su libro. El cual estaba en nuestra biblioteca municipal, por esa conexión, biblioteca que por cierto poseía la primera edición de la *Historia de Murcia* de Cascales. Conocedor exhaustivo Baquero del cuento español decimonónico, más de una vez pienso yo con alguna melancolía cuánto habría disfrutado leyendo los del citado villafranquino Antonio Pereira. Algunas veces visité también el seminario de don Manuel Muñoz Cortés, quien me dio la sensación de un buen trabajador a la búsqueda y captura de los caudales en trance de desaparición, como las hablas campesinas en tramonto. En cuanto a Juan Torres Fontes, no le traté apenas entonces. Pero las referencias que de él llegaban, todas sólidas, enjundiosas, de sustancia que no de accidentes, eran lo bastante decisivas como para convencerse de que la historiografía local estaba entrando de su mano en una etapa radicalmente nueva, viéndose ya el antes y el después.

Y tengo en la memoria muy afectivamente a don Andrés Sobejano. Un hombre de tanta cortesía como sapiencia— ¿quién era capaz de escribir como él en latín?—, de esas figuras insustituibles que llenaron una misión y dieron categoría a una institución en los tales órdenes, éstos precisamente un tanto inefables, por encima de los encasillamientos administrativos e incluso académicos. En Salamanca conocí a otro, don Manuel García Blanco, el custodio del legado de Unamuno. Pero Sobejano era más espontáneo, más poseído de la modestia, de la humildad incluso. Recuerdo su oferta incondicionada, el día en que me le presentaron: *Mándeme*. Me dijo que el mejor alumno del *alma mater* murciana había sido un colega mío, el notario poeta Antonio Moxó Ruano.

Después de la dureza de la preparación absorbente de las oposiciones, esos contactos universitarios me devolvieron a mis inquietudes de siempre. Quedando enmarcados en la atmósfera de veras hechicera de una geografía acariciante, repito que una novedad insospechada para mí. En el disfrute también de una hospitalidad de la que a estas alturas me sigo considerando indigno, un poco culpable de no haberla correspondido debidamente. ¿Se me deja decir que nunca he disfrutado una comida tan opípara como en casa de un veterinario de Callosa de Segura? Abra de veras generosa. ¡Me acuerdo haber visto la documentación del envío de unos pavos navideños desde ella al cardenal arzobispo de Tarragona; Claro está que mi vida ha sido modesta. Pero lo bastante larga para que la afirmación que antecede tenga alguna significación. Aunque parezca caprichoso e incluso impertinente, se me viene a ese propósito a las mientes una estimación ajena y lejana muy distinta. En 1928 el cardenal benedictino inglés Gasquet, fue legado pontificio en la consagración de la nueva iglesia abacial de São Paulo. Él vivía en Roma, y naturalmente tenía frecuentes ocasiones de oír los mejores coros que iban surgiendo en Europa, de las alas de la restauración de Solesmes y las demás. Sin embargo, afirmó que el de aquellos cantores brasileños era el mejor gregoriano del mundo.

Pasados esos dos años, el juego de las vacantes que salieron a las oposiciones restringidas a que me presenté, y alguna otra circunstancia, me alejaron de esa ciudad y esa tierra. Pero yo estaba seguro de que su huella definitiva me acompañaría siempre. Y felizmente no fue sólo la tal. Pues al poco reanudé mis contactos materiales con aquéllas. En *El Adelanto* de Salamanca publiqué un artículo titulado *El poeta y la urbanización*. Se refería a la Dehesa de Campoamor, la obra en marcha de Antonio Tárrega. Gracias a mi presencia allí, continua aunque siempre breve, y a la acogida de Juan Torres Fontes, quien me hizo usufructuario de sus riquezas y saberes, siempre me he podido sentir cerca de Murcia la hermosa.